



ZANGUEBAR MERIDIONAL. — RESIDENCIA DE LOS PADRES BENEDICTINOS DE DAR-ES-SALAM. — Reproducción de fotografía enviada por el R. P. Cyprien

CARTAS DE MISIONEROS

MISION DE GNANAPURAM (INDOSTAN)

Gran fiesta religiosa

Del R. P. Rossillon, uno de nuestros excelentes correspondientes de la diócesis de Vizagapatam, recibimos esta interesante relación que creemos será del agrado de nuestros lectores, y excitará de nuevo sus piadosas liberalidades en favor de la Misión de Gnanapuram.

CARTA DEL RDO. P. ROSSILLON, DE LOS MISIONEROS DE SAN FRANCISCO DE SALES, DE ANNECY, MISIONERO DE VIZAGAPATAM.

HACE dos años que con ocasión del incendio del pueblo cristiano de Gnanapuram, hice un llamamiento á la caridad de los generosos lectores de *Las Misiones Católicas*, y los mil francos que ellos me enviaron, me ayudaron poderosamente á levantar de sus ruínas el pueblo incendiado.

Algunos donantes habrán, sin duda, olvidado su limosna—recurren á ellos en demanda de socorro tantos misioneros!—pero yo, no la he olvidado, ni la olvidaré nunca.

Desde hace tiempo buscaba ocasión de demostrarles que su caridad no fué mal empleada, y he aquí que la fiesta de la Asunción me la ofrece, y hermosa.

El día de la Asunción es la fiesta patronal, la fiesta mayor como si dijéramos, del pueblo de Gnanapuram.

Para celebrarla dignamente se discute el programa y se prepara con mucha anticipación: seis meses de trabajar sin descanso bastaron apenas para ultimar los preparativos.

Se quería que la fiesta resultara espléndida. Debía precederla el retiro de los catequistas telugús, á los cuales debían sumarse las notabilidades del pueblo. El mismo día de la fiesta habría Confirmación y primera Comunión.

Para nuestros jóvenes artistas, la nota culminante debía ser este año la Misa de canto llano, que cantarían por primera vez en presencia del Sr. Clerc. Durante tres meses no durmieron apenas, y lo mismo puede decirse de mí; pues cada día me tenían despierto hasta las once de la noche.

No teniendo mis jóvenes músicos ninguna idea de la música europea, y no sabiendo ni siquiera leer el latín, ya podéis comprender que la preparación fué larga y laboriosa. Cien veces se repetía la misma frase y aun no la pronunciaban bien. Cuando los recuerdo, me felicito de no haber nacido músico, porque aquellos fastidiosos ensayos hubieran logrado apurarme la paciencia.

La noche en que mis ruiseñores telugús cantaron re-

gularmente el *Ite, Missa est*, experimenté el mismo alivio que si me hubieran quitado una gran carga de encima.

Para completar el programa, otros jóvenes artistas habían preparado un drama compuesto por ellos mismos: "José vendido por sus hermanos."

Y llegó el gran día.

Las campanas lanzan al aire sus más vibrantes notas. La capilla, aborrotada de gente, despidе su ordinaria pobreza para vestirse de guirnalda y flores.

Excelente *debut*. La Misa pontifical celebrada aquí por primera vez, ha sido cantada con entusiasmo y pulmones dignos de los cantores de las mejores capillas del mundo. Aun aquellos que hasta aquí venían creyendo que las gargantas indias, requemadas por la pimienta, no sirven para el canto llano, quedaron maravillados.

Después del *Agnus Dei*, los primeros comulgantes, vestidos de blanco, como bandada de cándidas palomas, se acercan á la Sagrada Mesa y reciben á Nuestro Señor con piedad digna de niños cristianos. A todos les han acompañado sus padres; se han distribuido más de 150 Comuniones.

Después de la Misa, cuarenta candidatos recibieron el don de fortaleza, esto es, el sacramento de la Confirmación, tan necesario á los neoconvertidos.

A la ceremonia siguieron los cumplimientos de rúbrica. El Ilmo. Sr. Clerc dió las gracias á todos, y particularmente á los catequistas. Dos de estos últimos son brahmanes.

Precisaba proceder sin retraso á lo que San Pablo llama *quod est animale*. Si en Europa ninguna fiesta se juzga completa si no hay diversiones, lo mismo, y aun en mayor grado, puede decirse de nuestros países.

A una distribución de bombones, siguen, ¿lo adivináis?... juegos olímpicos, cual en tiempos de Milón de Crotone. A decir verdad, mis feligreses se preocupan tanto de los griegos como del rey Wamba; pero aman con delirio las diversiones, sobre todo cuando hay bananas en las ollas que tienen que romper y monedas enterradas al fondo de los platos de salvado que escarban con la nariz.

Después que hubieron saltado de mil distintas maneras, se volvió á lo serio, para acabar dignamente la fiesta.

Cumpliendo una promesa solemne hecha á la Santísima Virgen durante una epidemia de cólera, á las cinco y media se organizó la procesión tradicional, que recorrió todas las calles del pueblo, con orquesta y estandartes.

Más de seiscientas personas, en orden perfecto, desfilaron rezando el Rosario y cantando himnos de alabanza á la Reina de los cielos, por entre compactos grupos de paganos, que estaban maravillados. Llegada la procesión al oratorio del pueblo, después de breve sermón y de la última bendición de Su Eminencia, la multitud se dispersó. La fiesta oficial ha terminado por este año.

Por la noche, nuestros artistas improvisados intentaron encarnar los "Doce hijos de Jacob;" pero la re-

presentación fué únicamente para los que no tenían ganas de dormir, porque empezó á las diez y acabó á las tres de la madrugada del día siguiente.

En resumen, la fiesta resultó excelente. Excelente para la Santísima Virgen, cuyo culto y amor van encarnándose en el alma de nuestros nuevos convertidos. Esta celestial Señora debió prodigarles su bendición de Madre cuando los fuegos artificiales subían hasta su trono á ofrecerle sus homenajes. Esta pompa, este aparato nunca visto, y este orden y recogimiento, no pueden menos de excitar la admiración de los paganos y de hacer nacer en ellos ideas saludables. Además, nuestros cristianos, al verse reunidos, sienten multiplicarse su valor, y sueñan en un porvenir en que serán la inmensa mayoría.

¡Dígnense los lectores de *Las Misiones Católicas* continuar ayudándonos en la conversión de estas almas, que son sus hermanas, y aceptar este relato de la manifestación de su fe, como testimonio del amor y agradecimiento de sus favorecidos!

NOTICIAS VARIAS

Roma.

El primer Obispo de Stanley-Falls.—Su Eminencia el Cardenal Gotti, Prefecto de la Propaganda, acaba de consagrar en Roma al Ilmo. Sr. Gabriel Grison, primer Vicario apostólico de Stanley-Falls, en el Congo belga.

El Ilmo. Sr. Grison es el primer Obispo de la Congregación de los Sacerdotes del Sagrado Corazón, fundada en San Quintín (Francia) por el ilustre canónigo Sr. Dehon.

Nació en la diócesis de Verdun en 1860. Hechos sus estudios en el propio Seminario de Verdun, y después de haber ejercido por algún tiempo el ministerio sacerdotal, entró en 1886 en la Congregación del P. Dehon. Fué enviado á la República del Ecuador, en donde dirigió con gran éxito el Colegio de Bahía hasta 1897. La Congregación de los Sacerdotes del Sagrado Corazón acababa de obtener de la Propaganda el favor de poderse dedicar á la Misión del Alto Congo. El P. Grison fué enviado allí con el P. Luz. Se embarcaron en Julio, y después de tres meses de viaje llegaron á Stanley-Falls. Todo estaba por hacer. El clima, de los más malsanos, pronto obligó al P. Luz á abandonar el país. El P. Grison quedó solo, empezando á roturar—en todos los sentidos de la palabra—esta salvaje región, en aquel entonces casi desconocida. Después le enviaron auxiliares, y bajo su ardiente impulso la Misión no ha cesado de progresar.

Y esto ha querido premiar la Sagrada Congregación de la Propaganda. El 4 de Agosto de 1904 la Misión de Stanley-Falls fué erigida en Prefectura apostólica. Cuatro años después, en 10 de Marzo último, un nuevo decreto de la Propaganda erigía la Prefectura en Vicariato, y el Prefecto era llamado á la dignidad episcopal.

El Vicariato cuenta actualmente ocho Misiones, y en ellas treinta Religiosos y doce Hermanas misioneras. Son más de un millar las familias cristianas, cinco mil los bautizados y otros tantos catecúmenos.

Fernando-Poo.

Desaparición de una cascada.—Un fenómeno geológico muy curioso, pero sencillo de explicar, acaba de tener lugar en el Sur de esta isla.

Entre los muchos ríos que juguetones recorren el hermoso

y feraz suelo de Fernando Poo, existe uno llamado «Ariha», muy poco conocido de los europeos, pero célebre en demasía entre los indígenas y visitado más de una vez por los misioneros españoles.

El río «Ariha» debe de tener su origen en el lago de Moka; pero no se manifiestan sus aguas sino muy lejos del lago, en las laderas del valle, desde donde se lanzan impetuosas hacia la playa, para ir á desembocar en el mar entre las puntas «Santiago» y «Jesusa», en donde hace algún tiempo se estrelló el balandro del corisqueño llamado Uduma.

Como unos dos kilómetros antes de llegar á la desembocadura del río, ha desaparecido la célebre cascada llamada por los bubis «Ariha» también, lo mismo que el río, y que medía unos 30 metros de altura, haciendo sus aguas al caer tan grande estruendo, que se percibía muy bien á media hora de distancia.

No hace mucho tiempo que uno de nuestros misioneros se hallaba de excursión en aquellos lugares, visitando las casas de aquellos isleños tan separados del resto de sus paisanos. Al amanecer de un día claro y sereno se le presentaron algunos cazadores, y llenos de asombro le dieron cuenta del fenómeno ocurrido en aquella misma noche.

El misionero, que á pesar de los 16 años de país conserva muy buenas piernas, inmediatamente se puso en marcha, camino del suceso, con el objeto de observar por sí mismo el terreno y contemplar de cerca el fenómeno que tanta admiración y asombro produjo en aquellos pobres indígenas.

Llegó al río, y efectivamente echó de menos aquella hermosa cascada, frente á la cual tantas veces había entonado himnos de alabanza al Criador de tan grandes maravillas. El río, sin embargo, seguía su curso lanzando el agua á borbotones por el pie del acantilado, cual si fuera un nuevo manantial ó la madre misma del «Ariha».

No obstante la ocultación de la cascada, se percibía el estruendo de las aguas como antes, aunque algo más lejano y subterráneo; por lo que subiendo río arriba nuestro excursionista, no tardó en encontrar la filtración del río en un abismo de más de 20 metros de hondo por unos seis de ancho, abierto bajo la acción demoledora de las aguas.

De lo dicho resulta que la cascada no ha desaparecido, propiamente hablando, sino que ha retrocedido unos 12 metros más atrás, dejando en el cauce del río un magnífico puente natural, sí, pero que á nadie aconsejamos el paso por el mismo, por el peligro grandísimo á que expondría su propia vida.

Aseguran los bubis de aquella comarca, haber visto subir los tiburones en las mareas llenas hasta el pie mismo de la cascada; pero sea de ello lo que fuere, lo cierto es que tanto en marea alta como en marea baja hay muchedumbre variada de hermosos pececillos.

Volviendo la vista al fenómeno geológico del «Ariha», no es de extrañar que así haya sucedido en un terreno tan escarpado y formado exclusivamente por rocas, como es casi todo el de nuestra isla. Sabida de todos es la acción mecánica que ejercen las corrientes de agua, tanto subterráneas como superficiales, en toda clase de rocas. Unas veces la misma agua, las piedrecitas y guijarros arrastrados por la corriente líquida penetran por entre las aberturas de las rocas, y á manera de barreno abren profundos agujeros en los cauces de los ríos, debiéndose á este fenómeno las filtraciones continuas que echamos de ver en casi todos los ríos de esta isla de Fernando Poo.

Otras veces, y esto acontece en todas las cascadas, los granos y cantos lanzados por la corriente desde lo alto de la cascada se detienen al pie de la misma, sin poder seguir su curso, y entonces el salto mismo del agua les imprime un

movimiento circular y de vaivén, en virtud del cual minan continuamente el pie del acantilado, hasta lograr que se desplomen rocas inmensas del acantilado, dando lugar así al retroceso secular de las cascadas en dirección contraria á la corriente de las aguas.

De todo lo dicho se desprende claramente que la cascada «Ariha» ha retrocedido 12 metros, obedeciendo á una de las leyes impuestas á la naturaleza por el Señor de todo lo criado.

No estará por demás advertir aquí que nunca como en la época de lluvias se palpan los efectos geológicos del agua sobre la superficie de la tierra, ya por medio de hundimientos, ya también, si el agua ó lluvia es torrencial, arrancando de cuajo árboles seculares que por muchos años habían resistido á los vientos huracanados. Es por consiguiente una verdadera temeridad el bañarse en los ríos á la sombra de algún corpulento árbol ó en las playas dentro de los agujeros de las rocas, por el inminente riesgo que se corre de quedar sepultado á la hora menos pensada.—LEÓN GARCÍA, C. M. F.

Francia.

Las pruebas del «Pío X.»—El 13 de Octubre último se verificaron en Nantes las pruebas del nuevo barco de la Misión del Ubanghi, *Pío X.*

Unas cincuenta personas, amigas del Ilmo. Sr. Augonard, asistieron á estas pruebas, que dieron hermosos resultados.

El *Pío X* mide 27 metros de largo por 5'10 de ancho: tiene dos máquinas de 150 caballos y dos hélices que han substituído á las antiguas ruedas del *León XIII*, cambio que aumentará la velocidad del nuevo barco. Tiene dos cubiertas: la superior, reservada á los europeos, que no les faltará, como en el pasado, á los misioneros ocasión de poder ejercer su caridad, repatriando á bordo del nuevo barco á europeos arruinados, particularmente á los enfermos, quienes, faltos las más de las veces de todo socorro en estas lejanas comarcas, estarán contentos de hallar en sus viajes, además de la paz y tranquilidad deseadas, quien les cuide y asista con solicitud y amor.

El peso total del buque es de 60 toneladas; su carga máxima de 30, no comprendido el combustible. Al lado de las máquinas y de la caldera se han construido unos pañoles para la leña, que substituye al carbón, desconocido todavía en estos países, donde resultaría muy caro si debía traerse de Europa.

El barco, completamente cargado, sólo calará 0'90 metros: se ha procurado cale lo menos posible, por los numerosos bancos de arena que dificultan la navegación por el Congo, el Ubanghi y el Alima; por esta misma razón se le ha dado un fondo llano, lo que hace el equilibrio menos estable, es verdad, pero nos libra del mucho calado de los barcos de quilla.

Gracias á generosos bienhechores, el barco está ya pagado; ahora hay que pensar en su transporte por mar y tierra, y... sólo falta saldar estas dos facturas. Esperamos que la caridad católica no dejará al paio á los bravos marinos del Señor.

Ceilán.

Rasgo edificante.—Lo traducimos del *Jaffna Catholic Guardian*:

«Cierta día vino á la residencia de las Hermanas, contigua á una pequeña escuela parroquial, una joven protestante, y preguntó si querían admitir á su hijo, hermoso niño de nueve años. Sin que nadie la interrogara, la joven madre explicó por qué deseaba colocar á su hijo en la escuela de las Hermanas.

El *baby* jugaba cierto día en la cocina.

—Hijo mío, le preguntó la madre, ¿hay alguien á quien ames más que á tu mamá?

—Sí, madre.

—¿Y quién es éste, hijo mío?

—El buen Dios.

—Entonces á mí será á quien más ames después del buen Dios, ¿no es esto?

—No, madre; hay otro antes.

—¿Quién es?

—Jesús, Hijo de Dios, que murió por mí.

—¿Hay alguien todavía á quien ames más que á mí? Con seguridad que después de Jesús soy yo.

—No, madre; todavía hay otro antes que vos.

—¿?...

—Amo también á María, Madre de Jesús. Vos, madre, venís después de María.

La madre no pudo contener las lágrimas, y estrechó al hijo contra su corazón, preguntándole dónde había aprendido aquellas hermosas cosas de Jesús y María. Se las había enseñado un amigo católico que frecuentó algunos meses la escuela de las Hermanas. La buena semilla había dado sus frutos.»

China.

Muerte de la emperatriz —Tsze Hasi An, emperatriz de China y cabeza del Gobierno autocrático del celeste Imperio, quien había estado reinando sin interrupción desde el año de 1881, falleció el domingo 15 de Noviembre á las dos de la tarde. Su marido la precedió al sepulcro sólo unos días antes. El príncipe Pu Yi, de tres años de edad, ha sido puesto en el trono, y gobernará bajo la regencia de su padre, el príncipe Chun, según lo dirigió la finada emperatriz. Todo el mundo está pendiente de la crisis que se espera en China, debida al cambio de Gobierno, pues hay elementos influyentes y poderosos que disputan el derecho al trono. Pero lo que más se teme son levantamientos populares contra los cristianos. Como medida de precaución, el príncipe regente ha dado órdenes á todos los gobernadores y virreyes que tomen medidas especiales para que continúe la paz.

Colombia.

Asamblea episcopal.—Alocución del general Reyes á los obreros españoles.—De memorable acontecimiento, en el más alto y grande sentido de la palabra, puede calificarse la Asamblea episcopal verificada en la primera quincena de Septiembre en la capital de la República. Con ella, la primera vez que los Obispos colombianos se reúnen en Conferencia nacional, la Iglesia de Colombia acaba de escribir la más hermosa página de su historia, y cuando no hubiere otras pruebas, la celebración de esta Asamblea es un testimonio irrefutable de la perfecta armonía con que los dos Poderes, el civil y el eclesiástico, de la República colombiana trabajan allí mancomunadamente por el engrandecimiento moral y material de su pueblo.

Convocados por el Excmo. Sr. Delegado Apostólico, monseñor Ragonesi, quien con este motivo ha recibido muchas felicitaciones y parabienes, incluso de la Cámara legislativa y del Poder ejecutivo, todo el Episcopado de Colombia, con gran regocijo de los fieles, se ha reunido para deliberar sobre los intereses religiosos de su pueblo. Hay gran expectación y viva curiosidad por conocer los acuerdos tomados, en los cuales, con justísima razón, se cifran las más lisonjeras esperanzas.

Mientras de esta suerte velan y trabajan los Prelados de la

Iglesia por los más altos y sagrados intereses de Colombia, el Gobierno del general Reyes prosigue avanzando en la realización de los vastos proyectos con que lentamente, pero sin volver paso atrás, va preparando el engrandecimiento de la República. Ya en otra ocasión se ha hablado en esta Revista de la red de ferrocarriles que hay allí en estudio ó en construcción. Pues bien; el día 11 de Octubre, el Presidente de la República, acompañado del ministro de Obras públicas, visitó los trabajos que la Compañía inglesa del Ferrocarril de Santander ha comenzado ya en Montecristo, Río Magdalena, y con su propia mano dió el primer golpe de martillo en el primer riel de la línea que ha de unir Puerto Wilches con Bucaramanga. En tan solemne acto el general Reyes, después de conversar afablemente con algunos obreros españoles, dirigió á todos ellos reunidos la siguiente alocución, cuyo texto copiamos íntegramente tal como lo publicó *Rigoletto*, periódico de Barranquilla.

Palabras dirigidas por el general Rafael Reyes, presidente de Colombia, á los trabajadores españoles que se ocupan en la construcción del ferrocarril de Puerto Wilches á Bucaramanga:

«El Gobierno ha visto con satisfacción que se os ha buscado de preferencia á otros obreros para venir á trabajar en Colombia. Vosotros no debéis consideraros como extranjeros entre nosotros, porque tenéis nuestra misma Religión y porque somos de una misma raza. Es verdad que en estas selvas silvestres es preciso luchar con una naturaleza bravía; pero es la misión del hombre luchar y vencer la naturaleza, y si vosotros recordáis que vuestros antepasados, los conquistadores de medio mundo, subieron en canoa por este mismo inmenso río, sin saber á dónde iban, atacados por las tribus aguerridas y salvajes, no podéis menos de sentirnos con el deber de mostraros fuertes y pacientes, dignos de vuestros padres. Con satisfacción he sido informado por el ingeniero en jefe de esta Empresa, Sr. Lefevre (quien ya conoce bien nuestro país, por haber sido uno de los ingenieros que construyeron el ferrocarril de Honda á Ambalema, en donde se ganó la simpatía de todos cuantos le trataron y la estima del Gobierno), que aunque hace muy pocos días que estais en estos trabajos, ha podido apreciar vuestra disciplina, vuestra fortaleza y vuestra buena voluntad. Seguid mereciendo siempre este honroso concepto. De la misma manera el Sr. Lefevre ha informado que el terreno que ocupáis es sano y goza de mejores condiciones que aquellos que tuvieron los constructores del ferrocarril de Honda á Ambalema.

«Cuando hayáis terminado vuestro contrato ó terminado este ferrocarril, consideraos en vuestra propia patria. Contad con el cariño de todos los colombianos, como si fueran vuestros hermanos, y con el apoyo decidido del Gobierno, y sabed que en las montañas de Bucaramanga, del Cauca y en la Sierra Nevada de Santa Marta hay terrenos baldíos de inmensa extensión, de clima benigno, entre doce y dieciocho grados centígrados, que podéis cultivar y cuya perpetua propiedad como cultivadores os será garantizada por las leyes del país. Una vez que os establezcáis como colonos de estos terrenos, llamaréis á vuestro lado á vuestras familias, y así, á la sombra del bienestar y de la abundancia, estableceréis una corriente de inmigración benéfica para España y para Colombia. He recomendado especialmente á los directores de esta Empresa que presten la mayor atención á vuestras necesidades, y lo propio al ingeniero interventor oficial, á quien además he encargado sea el vocero eficaz de vuestras reclamaciones, siempre que en ellas os asista justicia, é intérprete vuestro ante los ingenieros ingleses.

«Por vuestra parte confío que os esforzaréis en seguir me-

reciendo el concepto que de vosotros tiene el ingeniero jefe Sr. Lefevre, y que seguiréis el ejemplo de los ingenieros ingleses que dirigen esta obra, á quienes no arredran las penalidades ni los trabajos. ¡Compañeros que me oís! acompañadme á presentar un tributo de respeto y de admiración á las dos naciones cuyos hijos, juntos con los colombianos, descuajan estas selvas para abrir paso á la civilización y al progreso. Señores: Por una rara coincidencia nos hallamos reu-

nidos españoles, ingleses y colombianos para celebrar el glorioso aniversario del descubrimiento de la América, por medio de un acto de alta civilización, fijando el primer riel de este ferrocarril que pondrá en comunicación cultas poblaciones del interior con este majestuoso Magdalena, que vierte sus aguas al Océano. Acompañadme á vitorear á los obreros del progreso. ¡Viva España! ¡Viva Inglaterra! ¡Viva Colombia!»

DESDE LA GUINEA ESPAÑOLA

(Conclusión)



¿ADIVINARÍA el lector, por qué algunos, máxime los pequeñuelos, me daban con tanto gusto su donecillo para el Papa? Pues muy sencillo; porque les había prometido que escribiría su nombre en una grande lista, la cual, juntamente con la limosna, enviaríamos al ilustrísimo Padre Vicario apostólico; como puntualmente se verificó á su debido tiempo.

Allí era de ver la actitud con que se me acercaban con sus *yucas*, *plátanos*, etc., etc., diciéndome con sencillez encantadora: *Parè, ma djiii na: Bakale Ndung*; ó sea: «Padre, yo me llamo Bacale Dung.

¿Creerá el lector, que al presenciar estos rasgos de generosidad, llegué á persuadirme que daban para la limosna del Papa la única cosa que tenían para comer aquel día? ¡Pobrecitos, que el Señor se lo retribuya con la gracia de la perseverancia final á los que son ya cristianos, y con la pronta conversión á los que todavía gimen en las sombras de la infidelidad!

Por lo que llevo dicho, se comprenderá fácilmente que en todas estas expediciones me acontecerían curiosos episodios. Así fué en efecto; y ya que no me sea dado referirlos todos, he aquí algunos de los que tengo en cartera.

Estando cierto día en la Reducción *San Miguel*, de Punta Mosquitos, explicando la necesidad de recibir el Santo Bautismo, me aconteció un hecho que revela la sencillez de aquellos morenitos. Hábiales exhortado ya desde el principio de la catequesis á la limosna para la Misa del Papa; y cuando mayor era la atención con que todos escuchaban, levantóse uno de ellos, y alargando la mano, como si quisiera darme alguna cosa, díjome con mucha gravedad:

—*Padre, tome V. cuarenta céntimos, porque yo quiero Bautismo.*

—¿Cómo? le contesté. ¿Por ventura no sabes que el Padre misionero no puede recibir dinero alguno para venderte el Bautismo? Porque, si lo hiciera, ¡Dios me libre! cometería un pecado gravísimo, que se llama: *de simonia*.

Al oír esta respuesta, díjome él con viveza:

—*No, Padre, no; porque los cuarenta céntimos quiero que sean para el Papa.*

—Muy bien, le repliqué; pero has de saber que no te bautizaré hasta que estés bien instruido para ser buen

cristiano; y esto aunque me dieras todo el oro del mundo.

—¡*Djoooh!!!* exclamaron todos llenos de admiración.

No fué menos curioso lo que me sucedió en una de las visitas que hice á los pueblos de aquella comarca durante mi permanencia en esta Reducción.

Acababa de administrar los últimos Sacramentos á un pobrecito enfermo, cuando se me presentó el padre de éste con seis huevos en un plato. Tras el acostumbrado saludo: ¡*Bola!* ¡*Aah!* díjome muy complacido:

—*Padre, ahí tiene V. seis huevos para el Papa.*

—Gracias, hombre, gracias; el Señor te lo pagará. ¡Qué contento estaría el Papa, si viera la generosidad con que los morenitos de la Guinea Española le ofrecéis con tanto afecto estas pequeñas limosnas! Por mi parte, ya que no pueda darte otra cosa, toma estas hojas de tabaco para fumar este día.

¡Pobre hombre! Fué tan grande su alegría al oír tales palabras, y, sobre todo, al verse con tabaco para llenar su pipa, que no se cansaba de darme las gracias.

Y para que se vea más claramente la generosidad de este hombre, es de notar que, á más de ser infiel, rehusó vender los huevos á unos soldados que de lejos habían venido, y á quienes yo mismo vi al partir de este pueblo.

Otros muchos casos pudiera referir que me sucedieron en estas visitas; mas para no ser difuso, tan sólo diré que fué tanto el entusiasmo de aquellas sencillas gentes para la limosna del Papa, que no pudiendo llevar todas las cosas el muchacho que me acompañaba, *tuve que alquilar á otro para que le ayudara*, más la parte que á mí me tocó llevar.

Por último, fué muy singular lo que me sucedió en *Abankeba*, pueblo situado en la costa de la bahía de Corisco.

Siete días había permanecido en dicho pueblo, catequizando á sus moradores y á los de los pueblos de la comarca; los cuales fueron muy generosos para la limosna del Papa. Me faltaba, sin embargo, presenciar uno de los mayores actos de generosidad de cuantos hasta el presente había presenciado.

Fué el caso, que al regresar á la Misión, vi á lo lejos un pequeño cayuco en medio de la mar, que apenas se movía.

—¿Sabéis, muchachos, qué hacen los de aquel cayuco? pregunté á mis compañeros.

—Están pescando, me contestaron.

Y así era, en efecto; pues á poco rato vi que tiraban de una cuerda para sacar el pez, que sin duda estaba prendido en el anzuelo.

Deseando conocer á los pescadores, dirigimos nuestro rumbo hacia ellos; y ¿cuál no sería mi sorpresa al ver que eran dos catecúmenos y un cristiano, á quienes la noche anterior había catequizado?

Como íbamos á toda vela, quise aprovechar el viento; por lo cual les saludé afectuosamente, y sin parar continuamos nuestro rumbo hacia Elobey.

Mas he aquí que á los pocos segundos oí que me llamaban diciendo:

—¡A Parè! ¡A Parè! zágano, zágano.

Que significa: «¡Padre! ¡Padre! venga, venga.»

Al oír estos gritos, dije al timonel:

—Bajad la vela, y volvámonos á ver qué quieren aquellos buenos hombres.

Así lo hicimos; y al llegar junto al cayuco de los pescadores, díjome el cristiano en nombre de todos:

—Padre, ya que V. nos decía estos días que le diéramos limosna para el Papa, *ahí tiene V. tres peces; pues como somos tres, le damos uno cada uno.*

Admirado grandemente viendo tanta generosidad y sencillez, no pude menos de alabar á Dios, que así se complace en mover los corazones de aquellas pobres gentes. También los muchachos que me acompañaban quedaron altamente admirados; pues á los pocos minutos de habernos despedido, dijéronme alborozados:

—Padre, qué buenos son estos pámués; pues sin decirles V. nada, le han dado estos peces para el Papa.

¡Quiera el Señor recompensárselo con su gracia aquí en la tierra y en el cielo con inmarcesible corona de gloria! Pues sin duda que también ahora miraría complacido desde el cielo á estos morenitos, como miró á aquella mujer viuda, cuando depositó su limosnita en el *Gazofilacio* de Jerusalén, según refieren los Evangelistas.

EL GALLO DE LA PÚBLICA SUBASTA

Voy á terminar esta sencilla relación con una anécdota, que no dudo será del agrado de mis caros lectores.

En una de las visitas que hice durante el tiempo de referencia á la Reducción *Claret*, se me presentó el jefe de *Odjuma*, llamado Alfonso Mba, acompañado de un muchachito que llevaba un hermoso gallo en las manos.

Acostumbrado como estaba á recibir de los jefes indígenas tantos gallos y gallinas para la limosna del Papa, fué muy natural que al verle pensara para mis adentros, que también este jefe me lo regalaría; más que más, siendo como era cristiano y muy conocido mío.

Pero, infortunadamente, salí muy equivocado; porque tras los primeros saludos, díjome sin más preámbulos.

—Padre, ¿quiere V. comprarme este gallo?

—¿Cómo? le contesté con aire de admiración. ¿Me preguntas si te quiero comprar este gallo, cuando yo pensaba que me lo regalarías para el Papa, como lo han hecho los jefes de otros muchos pueblos?

Y para persuadirle de ello le hice una larga enumeración de dichos jefes.

—Sí, Padre, me contestó, también yo le quiero dar otro más pequeño que éste; pero no ahora, sino cuando usted pase por mi pueblo, porque ahora necesito el dinero.

—Bueno, hombre, bueno; dime, pues, ¿cuánto quieres por él?

—Cinco pesetas, me contestó.

—¿Cinco pesetas? ¡Qué disparate! No te daré más que tres. Y si no estás contento, vete en paz con tu gallo, que yo no compro tan caro.

Al oír mi resolución, dijo al pequeñuelo:

—Toma el gallo, y vuélvete á casa; porque el Padre no quiere comprar gallos.

Hízolo el muchacho con tanta presteza, que á los pocos minutos desapareció de nuestra vista, quedando yo poco satisfecho por no haber conseguido que me lo ofreciera para la limosna del Papa. Esta fué la causa de que á los pocos minutos de continuar hablándome, interrumpiera á mi interlocutor diciéndole:

—Alfonso, ¿sabes que me ocurre una cosa que no dudo será de tu agrado?

—Usted dirá, Padre, me contestó.

—Tú dices que no me das ahora el gallo para el Papa porque necesitas dinero. Pues bien, si quieres, haremos lo siguiente: yo te daré dos pesetas por el gallo; y lo que exceda de ese precio será para la limosna del Papa. ¿Qué te parece?

Deliberó unos segundos, y luego me dijo:

—Bien, Padre, bien.

Y sin demora envió corriendo á otro muchacho para llamar al que se había ido con el gallo. De esta manera quedó cerrado el contrato, con satisfacción de los dos.

Aquel mismo día regresé á la Misión cargado, como en las demás expediciones, de *plátanos*, *yucas*, *bananas*, etc., etc. Luego de haber llegado, como era natural, referí á mi Padre Superior cuantos episodios había presenciado entre mis queridos pámués, y de un modo especial lo acaecido con el gallo de referencia.

Al oír esto el entonces Gerente de la factoría de la Compañía Trasatlántica, en Elobey, Sr. Núñez Burgalés, que presente se hallaba, y viendo por otra parte que el gallo era magnífico, dijo al Padre Superior:

—¿Sabe V., Padre, que me ocurre una idea?

—Usted dirá, Sr. Núñez.

—Si V. quiere sacar de este gallo una buena limosna para el Papa, sáquelo mañana á pública subasta; y por mi parte le ofrezco ya desde ahora 3 pesetas.

Agradó tan feliz ocurrencia al Padre Superior, y le dió palabra que así lo verificaría, por tratarse de un medio tan sencillo para acrecentar la susodicha limosna.

Entusiasmado el Sr. Núñez por el éxito de su propuesta, se apresuró á manifestarla aquella misma tarde á otros europeos, así nacionales como extranjeros, en ocasión de hallarse reunidos en amena recreación.

—Mañana, les dijo, tendrán Vdes. buena oportunidad de pujar sobre un gallo muy hermoso que sacarán á pública subasta los Padres misioneros. Con la inteligencia, de que todo lo excedente á dos pesetas será para la limosna de la Misa del Papa, en su Jubileo sacerdotal.

Acogieron todos la idea con ruidosos aplausos; y desde luego comenzaron á disputarse la primacía en el pujilato.



ZANGUEBAR MERIDIONAL.—LOS PADRES BENEDICTINOS DE DAR-ES-SALAM.—Reproducción de fotografía enviada por el R. P. Cyprien

A la mañana siguiente, y á la hora más oportuna, salió, en efecto, de la Misión un colegialito con el *gallo muy ribeteado*, más dos grandes papeles: uno de *Invitación* al pujilato; y otro, *Lista*, para escribir los nombres y tasa de los señores licitadores.

No es para dicha la fiesta que hicieron dichos señores al ver llegar al colegialito con tanto aparato; pues por una feliz coincidencia se hallaban también reunidos casi todos, como en la tarde anterior. Tan pronto como se hubieron enterado de lo escrito en los *Anuncios*, comenzaron á escribir sus nombres en esta forma:

N. N. . . . 3'00 pesetas.

N. N. . . . 3'50 "

N. N. . . . 4'00 "

y así sucesivamente. Al llegar á 7 pesetas sólo faltaba

uno para pujar; y como oyese decir á sus compañeros que de entre los allí ausentes no faltaría quien daría por el gallo hasta 9 ó más pesetas, quiso hacerlo suyo; y en consecuencia tomó la pluma y escribió:

N. N. . . . 10 pesetas.

Con lo cual logró hacerse suyo el gallo de la pública subasta.

Así terminó este pujilato, cuyo resultado no pudo ser más satisfactorio; máxime si se tiene en cuenta los pocos europeos que á la sazón residían en la isla de Elobey Chico.

¡Sea todo para mayor gloria de Dios, propagación de la fe católica entre aquellos morenitos, y exaltación del Pontificado de Nuestro Santísimo Padre el Papa Pío XI! *Fiat!*—GABRIEL MARTÍ, C. M. F.

ENFERMEDAD DEL SUEÑO

(EXTRACTO DE UNA CARTA DEL P. HYAC VANDERYST)

(Conclusión)

Los negros sólo temen los enfermos cuando llegados al último período, guardan cama todo el día. Sin embargo, los últimos estudios parecen demostrar que en el primer período ya son peligrosos. Y no falta quien afirma que lo son más aún, pues en este período los tripanosomas se encuentran á menudo y con mayor abundancia, en la sangre de la circulación periférica.

Sea cual fuere el temor que les inspira la presencia

de los atacados de la enfermedad del sueño, lo cierto es que no los sacan de los poblados. Con frecuencia les construyen chozas especiales á poca distancia de las habitaciones comunes, ó, á lo más, en el linde del bosque. Estos pobres enfermos, casi insensibles, expuestos al sol, sumidos en la somnolencia, cuando no en profundo sueño, ó en el extraño sopor que precede á la muerte, son visitados por las tsé-tsés, que vienen á hartarse de sangre infectada.

Y vemos, pues, por una parte, á las tsé tsés propagadoras de la enfermedad, y por otra, á individuos enfermos, más ó menos numerosos, que les suministran el parásito para que se infecten.

Si se admite—como luego demostraré—que los indígenas están muy expuestos á ser mordidos por sus enemigos alados, fácilmente se comprenderá como el azote pueda causar tantas víctimas. Para hallar una explicación plausible de la rapidez de la despoblación, ¿hay que suponer otros propagadores hipotéticos? ¿Será preciso suponer que animales domésticos y salvajes estén infectados de tripanosomiasa humana? Parece que no. Si los indígenas abandonaran el bosque para ir á establecerse en la llanura á algunos kilómetros de la zona natural de las tsé-tsés, y si separaban, desde el principio, todo individuo atacado de la enfermedad, cuidándolo en un paraje donde las tsé-tsés fueran raras, la enfermedad del sueño no desaparecería inmediatamente, claro está, pero perdería pronto su carácter epidémico actual.

La presencia simultánea de tsé-tsés más ó menos numerosas, y de individuos infectados de tripanosoma, en un mismo sitio, ¿es causa suficiente para que la enfermedad del sueño azote tan sin piedad á los indígenas, dados sus usos y costumbres?

¡Aquí está la cuestión! Nada prueba que no debe responderse afirmativamente. Romped este doble eslabón, y cabe entonces esperar que el peligro del contagio habrá casi desaparecido.

Fijémonos en la manera de vivir de los indígenas, para darnos cuenta de la inminencia del peligro á que están expuestos en los lugares en que hay tsé-tsés infectadas de tripanosomiasa. Los niños suelen ir desnudos. Los adultos muy poco vestidos. Los hombres llevan un pedazo de tela; raros son los que van mejor vestidos.

Resulta, pues, que casi todo el cuerpo queda expuesto á las picaduras de las tsé-tsés, tan ávidas de chupar la sangre y tan tenaces en perseguir su presa, que á veces se dejan caer sobre la piel tan delicadamente, que ni siquiera se adivina su presencia.

A estas condiciones, de suyo tan desventajosas, hay que añadir otra cuya importancia conviene no ignorar. Los indígenas son muy amantes del *dolce farniente*. La costumbre de dormir sin la menor protección contra las tsé-tsés, ya sea á la sombra de sus chozas ó en pleno sol, los entrega sin defensa á sus alados enemigos.

La pereza de los indígenas—pereza nativa, inveterada, hereditaria,—es demasiado conocida para que me detenga á describirla.

Con un poco de iniciativa y unas horas de trabajo cotidiano regular, el indígena viviría en la abundancia. Pero le encanta el no hacer nada, y vive una vida primitiva, miserable, sin ideal.

Por eso su fuerza de resistencia es tan poca. No está armado para luchar con ventaja contra las nuevas causas de destrucción, triste séquito de la civilización moderna.

¡Cuántas gentes, en apariencia sanas y robustas, viven fluctuando entre la salud y la enfermedad! La menor causa mórbida basta á veces para romper este equilibrio inestable, postrarlas en cama y acabar con ellas cuando nada hacía presentir su triste fin. El promedio de la vida es corta; los matrimonios precoces; la natalidad escasa, y la mortalidad infantil horrorosa.

Sin hablar de la malaria, del «kulu» de las pulmonías, úlceras, parásitos intestinales, etc., etc., ¡cuántos de estos desdichados no están atacados de ankylostomiasis y de filaricosis!

¿No debilitan el organismo estas infecciones? ¿no preparan, pues, el terreno y no predisponen á los indígenas á contraer la enfermedad del sueño?

Y no hablaré de otras causas que ponen al indígena en condiciones desfavorables para luchar contra el azote: el abuso de placeres sensuales, por ejemplo.

Los indígenas, debilitados por la falta de comida abundante y variada, por la ausencia de todo bienestar, por el desprecio de ciertas reglas elementales de higiene y por la presencia de distintos parásitos, parecen candidatos privilegiados á la enfermedad del sueño.

Su pereza, su negligencia y su apatía natural, los ponen en condiciones de inferioridad en la lucha por la vida, y son las víctimas preferidas del azote.

Por desgracia, las costumbres seculares de un pueblo tan primitivo no pueden cambiarse como al golpe de varita mágica. Esto será obra de varias generaciones de misioneros. Nosotros, obreros de primera hora, sembramos; otros vendrán á recoger el fruto, si es que fruto hay, porque si es fácil salvar individuos, no veo hasta el presente cómo se podrá atajar la propagación de la enfermedad y cómo podrán salvarse ciertas razas.

En resumen, la epidemia de tripanosomiasa, que asola las regiones de Ki Santa, Ndembo, etc., se explica:

Por la situación defectuosa de la mayoría de los pueblos;

Por la presencia permanente en los pueblos y sus cercanías de enfermos infectados de tripanosoma;

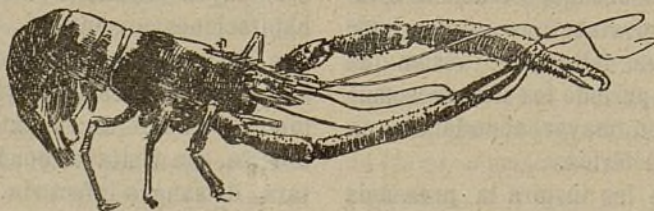
Por las costumbres indígenas.

Al lado de estos factores, los más importantes, según parece, es muy posible haya otros excepcionales, ó quizás desconocidos todavía.

Lo comprobado explica la despoblación actual, y la persistencia de la epidemia allí donde la enfermedad fué importada una vez.

HYAC VANDERYST.

Lazareto de Ki Santa, 7 de Junio de 1908.



DE MASAUAH Á ALITIENA (ABISINIA)

APUNTES DE VIAJE, POR EL R. P. BATEMAN, LAZARISTA

(Continuación)



TODO admira al llegar á país tan original. El hijo, que apenas cuenta algunas semanas, pasa la vida metido en una bolsa sujeta á la espalda de su madre, á la que no abandona nunca. Llegado á cierta edad, en que se considera con derecho de reclamar también su parte de sol y de libertad, desciende de la espalda ma-

ternal y echa á correr. Su traje lo tejen los rayos del sol, el rubor de la inocencia y un collar con una campanilla, que cuelga de él. Algunos cubren modestamente la desnudez de sus espaldas con un pedazo de lienzo. En Alitiena están de moda las pieles de cabra, atadas al cuello con un cordón y formando capa por la espalda.

Los jóvenes y los hombres llevan una especie de pantalón corto y encima una camisa: si son ricos, lucen además un *metseta*, especie de toga que recogen majestuosamente sobre sus espaldas. Todos son astutos, sagaces, graciosos, con sus negros y rizados cabellos, entre los cuales ostentan algún peine de madera. Sus ojos son negros y brillantes, sus dientes blancos, sus brazos secos y nervudos. Casi siempre tienen un arma en la mano, y se matan con la mayor facilidad. La *ven-detta* reina aquí como en Córcega; cuando un hombre es asesinado, los parientes del muerto deben matar al asesino ó á uno de sus parientes. Aguardarán diez, veinte años, si es preciso, pero el muerto será vengado.

El tinte de los abisinios varía entre el bronce y el hollín; pero no tienen los labios befos como los sudaneses. Casi son hermosos mis feligreses.

Las ocupaciones de los hombres consisten en guardar los rebaños, cultivar la tierra, hacer justas y torneos, coser y lavar la ropa. Para esta última operación, toman la ropa que tienen que lavar, y la meten en el agua, en donde la pisotean con sus anchos pies negros, y de donde sale más sucia de lo que había entrado. Para secarla se la visten y se echan á dormir al sol; cuando está seca de un lado, presentan el otro á los bienhechores rayos, y al poco rato listos.

Las mujeres llevan los cabellos divididos en varias trenzas, todas las cuales van á reunirse formando aca-racolado moño bajo la nuca. La belleza para ellas consiste en untarse la cabeza con una espesa capa de manteca, de olor fuerte, que se derrite á los rayos del sol y chorrea por sus espaldas. De sus ocupaciones la principal es preparar la comida, y especialmente moler grano.

Los abisinios de ordinario comen poco; y en consecuencia están delgados. Su licor es el agua del arroyo. Sólo los ricos beben una especie de cerveza muy espesa hecha con cebada. El aguamiel está reservado para

las grandes fiestas. Para prepararlo, hacen fermentar miel y algunas raíces, con gran cantidad de agua. El plato favorito es la harina de lino. A los abisinios les gusta la pimienta encarnada, tanto ó más que á los niños europeos los bombones.

Durante varios meses del año se contentan con higos salvajes. El país es abundante en caza; pero para ellos matar una liebre es peor que matar un hombre. Los palomos abundan también; pero matar un palomo equivale á matar al Espíritu Santo, del cual es emblema; y así sucesivamente todos los demás animales comestibles que pueblan el bosque. Los ayunos son rigurosos durante el día; pero por la noche pueden compensarse y comer á saciedad.

Gracias á vuestros socorros, amados lectores, nuestros niños no están desnudos ni han muerto de hambre. Hoy nuestras gentes pueden respirar... El Señor debía pensar en nosotros cuando dijo: «Siempre habrá pobres entre vosotros.»

Si por la noche pueden comer un puñado de maíz tostado, que rocían con un poco de agua, nuestros feligreses ya están contentos. ¡No economizan nada! Si les decimos que deben pensar en el porvenir y economizar para la vejez ó para los días aciagos, se echan á reír y responden: «¿Por qué pensar en mañana? Si nos muriésemos, ¿de qué nos servirían las economías?»

Volvamos á nuestros niños.

Son la esperanza de la Misión. Conservan la pureza de la inocencia. Su alma se abre á la gracia como la corola de una flor al beso amoroso de los rayos del sol matutino, y leo en su corazón como en un libro abierto. En ellos distingo los primeros toques de la gracia y un inmenso agradecimiento hacia cuantos les hacen algún bien. A menudo me dicen:

—Padre, te amamos más que á nuestro padre y á nuestra madre juntos.

—Padre, anoche estaba fatigado, y sólo hice un poquito de oración; pero la hice de lo íntimo de mi alma y al pie del crucifijo que tú me diste.

—Padre, por nosotros has abandonado á tu padre, á tu madre y á tu tribu; pues yo quiero amarte hasta reemplazar á tu padre y á tu madre.

Y cuando les pregunto:

—¿Qué queréis que les diga de vuestra parte á mis amigos de Europa que os envían limosnas y vestidos?

Ellos me responden:

—Padre, les dirás que somos muy pequeños, niños todavía, y que no sabemos qué decirles. Si fuésemos ricos, les enviaríamos un pan de manteca, un cabrito, miel, una vaca... ¡pero no tenemos nada!...

El 7 de Enero se celebra aquí la fiesta de Navidad (rito abisinio); es la gran fiesta de los niños.

La víspera les distribuí algunos vestidos; además de los setenta niños de Alitiena, acudieron otros de todas

partes. Gracias á vosotros, queridos bienhechores, puede vestir al Niño Jesús en la persona de estos pobrecitos niños desnudos. Luego, postrados, con las manecitas juntas y la vista baja, rogaron largo rato por vosotros.

Acabado el rezo, nombraron un jefe, y todos, armados de largo bastón á guisa de lanza, empezaron á ejecutar danzas guerreras en la llanura, á la vista de los veteranos de la tribu.

Al día siguiente hubo Misa, con sermón exprofeso para ellos, y luego bendición solemne; después de la cual se reanudaron las danzas, al compás de sus cantos salvajes.

Las niñas, en grupo aparte de los niños, también tomaban parte en estos cantos, dando palmadas en cadencia y entonando sus acostumbrados *lo, lo*, de alegría.

Aquel día los invité todos á comer. Hicimos una gran hoguera, en la que echamos un centenar de guijarros. Consumida la leña, los guijarros estaban ardientes, y sobre ellos se puso, como en parrillas, la carne de un macho cabrío que habíamos sacrificado. Asada ésta se procedió á su distribución. ¡Pobres niños! ¡Había mucho tiempo que no habían comido carne!...

Acabada la comida, se formaron todos en un grupo, y cantando y blandiendo los largos bastones, recorrieron las casas del pueblo y alrededores. Frente de cada puerta se detenían, golpeaban el suelo con los palos, y gritaban: *iabhi!* que significa: «¡La Santísima Virgen os lo pagará!» Los dueños de la casa les daban entonces alguna cosa, ordinariamente una galleta de cebada.

Llegada la noche, nuestros héroes se reúnen en casa de su jefe. Los padres de éste les suministran harina de lino, cerveza, leche, manteca y pimienta, y empieza la cena.

Estos muchachos han tenido la buena idea de ayunar algunos días, á fin de poder *tragar* más.

Después de una breve oración, se ponen á cenar, y comen tanto y aún más de lo que pueden; su estómago es tan excelente, que no enferman nunca.

Acabada la cena, dan gracias y reanudan los cantos y las danzas, que duran hasta la aurora.

Cuando la cosecha de comestibles ha sido abundante, estos muchachos se retiran al monte y se esconden en una cabaña, en donde continúan cantando y danzando hasta el completo agotamiento de las municiones.

Había también otra costumbre; pero nosotros la hemos abolido. Con motivo de Navidad, los muchachos de

dos pueblos vecinos hacíanse la guerra. Armábanse de hondas, palos y escudos, y... al campo. Estas guerras infantiles duraban varios días: siempre habían heridos, á veces algún muerto. El abisinio nace guerrero; todo asesino es considerado como un gran hombre, tiene derecho á un título honorífico, y cuantos más crímenes comete más se le considera.

La fiesta ha terminado.

La mayor parte de los muchachos han abandonado su vestidito para ponerse de nuevo el andrajoso pedazo de lienzo ó la mugrienta piel de cabra. El vestido lo reservan para los domingos y días festivos.

Los catecismos se han reanudado. Cada mañana reúno á los chiquillos en la llanura, al pie del tronco de un árbol muerto... ¡Pobres niños! Todos llegan con los ojos soñolientos y tiritando de frío. Este último detalle debe sorprenderos: ¡hablar de frío en los trópicos! Pues no os extrañe: ayer, al apuntar el alba, el termómetro marcaba 0° sobre cero; una hora después había subido á 40°, y al mediodía pasaba de los 50°.

Por espacio de hora y media les instruyo, explicándoles el catecismo, y les hago rezar. El Señor es muy sensible á los ruegos de los niños.

Caros lectores y bienhechores: ni mis negritos ni yo valemos gran cosa, pero tenemos buen corazón. Vuestro recuerdo no se borrará jamás de nuestra mente, y cada mañana, del fondo de este valle salvaje, escondido entre los elevados montes del Africa, sube á los cielos, al pie del trono del Altísimo, murmurando vuestros nombres, un coro de infantiles voces, ferviente súplica de tiernos y angelicales corazones.

¡Rogad por nuestra pobre Misión! Convertir á los císmáticos es la más ruda y difícil de las tareas. Como Moisés, podemos subir á la cumbre de nuestros montes y ver la tierra prometida, que se extiende á lo lejos; pero lo mismo que al gran Legislador y Patriarca, la tierra prometida nos está vedada. ¡Rogad por los misioneros, tened piedad de estos hambrientos abisinios, que son vuestros hermanos! Nosotros continuaremos, mientras Dios quiera, nuestra ingrata y difícilísima obra; quizás no veremos los días de libertad que se nos anuncian; pero por lo menos habremos preparado mejor porvenir á los que vendrán después de nosotros.

FIN

MEMORIAS DE UN SALVAJE

POR EL R. P. JOSÉ CAYZAC

DE LA CONGREGACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO, MISIONERO EN EL KIKUYU (AFRICA ORIENTAL)

(Conclusión)



MOTURI, añadió (así me llamaba yo, ya es hora de que os lo diga), Moturi, ¿no ves que habiendo pertenecido á tu padre tu primera mujer te es ilegítima, aunque continúes siendo pagano? ¡Hay que vivir entre salvajes como vosotros para hallar un hombre que consienta en casarse con su suegra! Se te dejará á tú Wangilo (así se llamaba la «menor»), puesto que pareces amarla tanto.

Recibí el Bautismo un día de Navidad, en presencia de una multitud enorme de compatriotas, que me contemplaban estupefactos. ¡Cómo se escandalizaron al oírme renunciar á aquellos buenos viejos *Ngoma*, y en términos tan poco moderados!

Mis buenos compatriotas habían acudido teniendo una vaga impresión de que iba á hacerme beber alguna cosa... que no podía ser agua pura. Y como era probable que sobrara...

Pero se engañaron, lo mismo que poco antes se habían escandalizado.

No obstante, no debieron escandalizarse todos, pues hoy formamos un grupo muy unido, aunque poco numeroso, de cristianos kikuyus.

Mi buena mujer me preguntó un día, si después de muerta debía ser transformada en patata humana; yo le respondí, soberbio de indiferencia, que no era á mí á quien debía consultarlo. Hay que tratarlas así, con esta indiferencia.

Algunos meses después recibía el bautismo: *Wangilo* se convertía en *Angela*, como *Moturi* se había convertido en *Maturino*...

Wangilo, *Angela*; *Moturi*, *Maturino*; los paganos se imaginan que es «Padre» quien lo pronuncia mal...

Exteriormente, en verdad, no hemos cambiado mucho. Somos cristianos, y aún continuamos siendo kikuyus, y con orgullo.

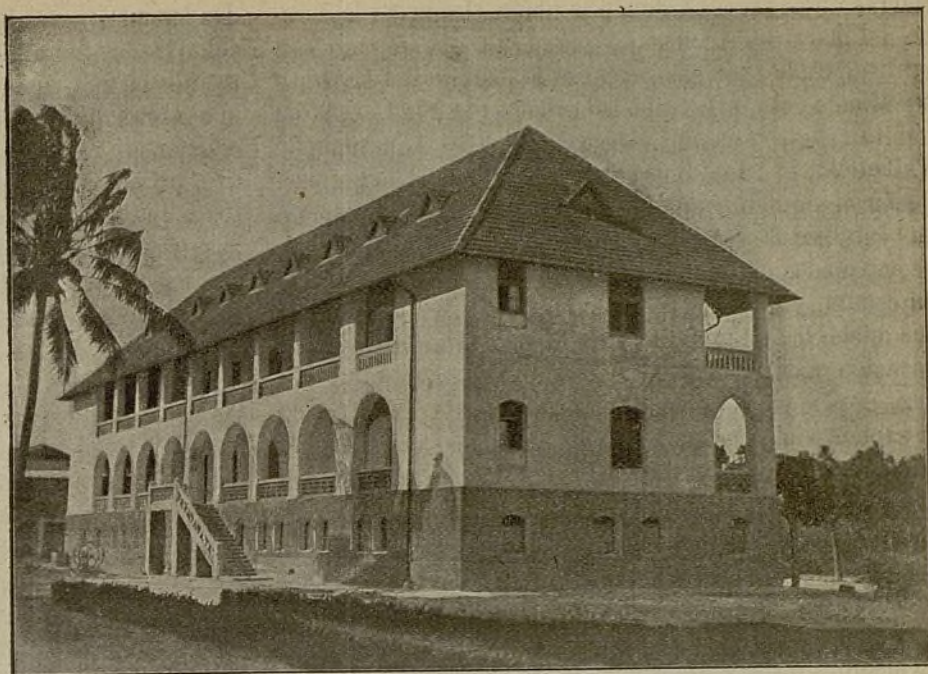
Continúo cuidando el rebaño, gloria y riqueza de mis compatriotas, el cual aumenta maravillosamente desde que nuestras innumerables supersticiones no nos roban, como antes, buena parte de él. Me paseo por todas partes con gracia y solemnidad, envuelto majestuosamente en una hermosa manta, nueva y flamante; tomo parte en las fiestas de mis conciudadanos, pero con moderación.

Como en otros tiempos, no tiemblo ante ningún peligro, por grande que sea, ni me asusto por nada.

Conozco todos mis deberes; pero tampoco ignoro ninguno de mis derechos.

Gozo con toda seguridad de mis bienes y de mi libertad. El fasil no me asusta como antes, pues «Padre» me ha manifestado que para complacer á los blancos del poder, basta ser fiel á la ley de Dios...

Me siento orgulloso, libre, feliz. Soy más que rey ó hijo de rey; ¡soy hijo de Dios!



ZANGUEBAR MERIDIONAL.—HOSPITAL DE DAR-ES-SALAM.—Reproducción de fotografía enviada por el R. P. Cyprien.

Mi esposa, exteriormente, continúa sumisa, humilde, laboriosa. Pero en ella se ha operado un cambio que no acierto á explicar. Quizás sean mis ideas las que han cambiado. Parece que me mira más francamente, me habla más naturalmente, y me sonríe de una manera tan afectuosa, como no lo había hecho desde aquella tarde nefanda en que empezó su cautividad.

Y cuando por la noche, en nuestra casa redonda, dormidos ya nuestros hijos, hemos acabado de rezar juntos estas «perlas de Dios» que *Padre* nos dió, y nos sentamos junto al hogar, como aquel hermoso día en que la hallé descansando á la sombra de corpulento banano, mi esposa me ofrece todavía maíz tostado...

Somos verdaderamente felices, porque *Ngai*, el verdadero, el de los blancos, está con nosotros... Y mi esposa podría añadir: «¡Eramos como esclavas; El nos ha dado la Libertad!»

FIN

MISIONES AGUSTINIANAS DE CHINA

Un Misionero ejemplar



L. R. P. Fr. Lorenzo Alvarez López, del Orden de San Agustín, joven aún de edad, pero lleno de merecimientos y virtudes, confortado con todos los Santos Sacramentos y auxilios espirituales de la Iglesia, asistido por dos hermanos de hábito y por piadosos cristianos que rodeaban su lecho y no podían menos de llorar, queridísimo de todos cuantos más ó menos le trataron; víctima de la temible enfermedad de la *malaria*, acaba de bajar al sepulcro con la preciosa muerte de

los Santos, el Religioso ejemplar, el celosísimo é infatigable misionero de Junan, P. Lorenzo Alvarez, del Orden de San Agustín.

Nació el dicho Padre en Abelgas, pueblecillo de la provincia de León, el 5 de Septiembre de 1872. Sus desconsolados padres, que aún viven, deseosos de dar una educación sólida á sus hijos, tenían la piadosa costumbre de hacerles leer el *Año cristiano* por las noches; y con estas saludables lecturas, bien distintas por cierto de las que suelen tener muchos jóvenes del día, el niño Lorenzo respirando una atmósfera de piedad y devoción, se enardecía en el deseo de imitar á los fortísimos mártires que morían por la fe de Jesucristo; y embebecido en estas halagadoras ideas, soñaba muchas veces que él se iba á predicar el Evangelio á

tierras de paganos, á donde también alcanzaba la corona del martirio. Ansioso de que algún día se pudiesen realizar estos ensueños, empezó el estudio del Latín, y terminado éste, á los diecisiete años de edad, tomó el hábito religioso en el Colegio de Padres Agustinos de Valladolid, el 18 de Septiembre de 1889. Hizo su profesión al siguiente año, y en el mismo dió principio á sus estudios filosóficos. Si sus progresos en ellos, por ir acompañados de una buena aplicación, de un talento nada común, y de una memoria felicísima, eran grandes, sus adelantos en la carrera de la virtud eran sin comparación mucho mayores. Religioso y estudiante á la vez, desde el Noviciado empezó á poner en práctica la sapientísima máxima de los antiguos «la Religión adelante;» y con este su firme propósito, estimulado por otros hermanos, muy especialmente por los consejos, y más aún por los ejemplos de un bondadoso y virtuosísimo tío, el P. Tirso López; así siguió en la Vid, y así continuó después en el Escorial, llegando varias veces á alcanzar la nota de sobresaliente en los estudios, siendo siempre en la observancia de las prácticas religiosas el primero.

Al hacer la división de la provincia de Filipinas y la Matritense, el P. Lorenzo fué destinado á Manila, donde concluyó la carrera eclesiástica y se ordenó de sacerdote el 1.º de Noviembre de 1896. Celebrada su primera Misa, él, que siempre había abrigado la esperanza de poder ir á predicar el Evangelio á los infieles, que se acordaba aún de sus dorados sueños de niño, y que sin poderlo remediar, cuantas veces pensaba en ello concluía diciendo: «¡Quién sabe! ¿caso los sueños no han sido avisos del cielo muchas veces?» Se presentó á los Superiores, hizo nuevas y ardorosas instancias para pasar á China, y poco tiempo después, despachadas éstas favorablemente, llegaba á Junan, en compañía del ilustrísimo señor Obispo, P. Fr. Luis Pérez, que por entonces había ido á consagrarse á Filipinas. Sediento de trabajar por la salvación de las almas, dió principio al estudio del chino con toda animación y entusiasmo, consiguiendo á los cinco meses, á pesar de las grandísimas dificultades de este idioma, entenderse para poder oír ya confesiones. Desde ese día, nombrado misionero de Sesucitien, á la vez que continuaba imponiéndose en la lengua, empezó á predicar con el verdadero celo de un Apóstol, sin jamás darse punto de descanso para nada. Si estaba en la residencia, él se sabía valer de alguna industria para poder hablar de doctrina á los de casa; si de camino, iba instruyendo ó exhortando á los cargadores y acompañantes; al llegar á la posada, ésta se convertía luego en cátedra, y ¡era de ver cuando el P. Lorenzo predicaba el celo y el fervor con que lo hacía! ¡Era de ver con qué amabilidad, con qué suavísima unción, con qué dulzura se insinuaba en los ánimos de los oyentes, les inspiraba entera confianza, y se hacía una cosa con ellos á fin de ganarlos para Dios! El que al entrar en la Misión había ofrecido su vida por la salvación de los chinos, no consentía pasar un instante que no fuera dedicado para ellos: se consideraba cosa suya, y como tal que debía estar siempre consagrada á su servicio.

En 1900, cuando las revueltas de los Boxers, los mandarines chinos urgían y como querían obligar á que to-

dos los misioneros bajasen á Hankow, donde había más seguridades para ellos; y á este propósito recuerdo que me decía una vez á mí el P. Lorenzo: «¡Oh, si viera el sentimiento que daba el tener que abandonar á los cristianos, y dejarlos sin el apoyo y consuelo del Padre, privados del auxilio de los Sacramentos y expuestos á que se perdiesen sus almas sólo por salvarnos nosotros! A mí como que me daba vergüenza, y no sé qué me parecía el sólo pensar en ello.» Así debían sentir también los superiores, quienes á la vez que á la mayor parte de los misioneros les mandaban bajar á Shanghai, á otros, entre los que estaba el P. Lorenzo, les encargaban permaneciesen en sus puestos; por lo que «no pueden figurarse, añadía el mismo Padre, la alegría y el consuelo que sentí en mi alma al recibir la orden del señor Obispo, diciéndome que yo continuase en mi lugar. Aquel día creo que fué el más dichoso de mi vida y el que más feliz me he considerado entre los chinos.» Y en verdad que así debía de ser, salvarse con sus cristianos si ellos se salvaban, morir con ellos si ellos tenían que morir; alentarles al martirio si lo necesitaban, é ir él á la cabeza ó en medio de ellos fortaleciéndoles con su ejemplo; estos eran los ardientes deseos del P. Lorenzo. Por ellos había venido á China, con ellos había compartido sus alegrías y sus glorias, con ellos quería partir sus penas y dolores. No hay mejor pastor que el que da la vida por sus ovejas, y el Padre ya la ofrecía y gustosísimo la daba por las suyas. Dios no aceptó este sacrificio, pero le dió otro que no fué, tal vez, menor, por lo mismo que fué más prolongado. En el tiempo que duraron las revueltas, durante varias semanas, tanto de día como de noche, no pudo reposar tranquilo un solo instante, siempre en continua alarma, siempre en constante excitación, aumentada por las confusas narraciones de los asesinatos cometidos en los misioneros y cristianos de otros puntos, y por las amenazas y los diarios rumores de que los revoltosos iban á venir sobre el lugar. Lo que entonces padeció no era para poder ser descrito en pocas líneas. En tan difíciles circunstancias el Padre dió pruebas de una serenidad envidiable, de delicadísima prudencia, aun de muchísimo valor. No desmayó por nada: debía haberse prometido el apoyo de los cristianos; y en realidad él hubo que servir de protector y consejero para ellos.

FR. AGUSTÍN DE PAZ.

(Concluirá).

LIMOSNAS

PARA COADYUVAR Á LA SANTA OBRA DE LA
PROPAGACIÓN DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

Barcelona.—D. J. S. 5 Ptas.

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Píno, 5, Barcelona.